Cartaphilus

Amarís Duarte, O. (2020).
Una poética del exilio: Hannah Arendt y María Zambrano.
Barcelona: Herder Editorial.

MAR FERNÁNDEZ CALVO
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
ORCID: https://orcid.org/0009-0005-3054-4062

INTRODUCCIÓN

Olga Amarís Duarte ha escrito en *Una poética del exilio: Hannah Arendt y María Zambrano* un libro que, más que un ejercicio de erudición, es un gesto de restitución: un intento de escuchar la voz de dos mujeres cuya vida y obra se trenzaron con la experiencia radical del destierro. No se trata, sin embargo, de una lectura académica al uso, ni de una simple confrontación comparativa entre dos figuras ya canonizadas, sino de una hermenéutica que se sitúa en el umbral

Artículo de acceso abierto distribuido bajo una Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional (CC-BY 4.0). / Open access article under a Creative Commons Attribution 4.0 International License (CC-BY 4.0).

mismo donde la filosofía roza la poesía, y donde la historia se experimenta como fractura existencial.

El mérito de Amarís Duarte no es menor: al reunir a Arendt y Zambrano, traza un puente entre dos tradiciones que rara vez dialogan de manera explícita. La alemana y la española, cada una a su manera, articularon la experiencia de la expulsión y la intemperie como condición constitutiva del pensar. En ambas, el exilio se convierte en matriz productiva, en laboratorio ontológico donde se replantea el sentido mismo de habitar el mundo. Pero no se trata de un canto ingenuo al exilio ni de su estetización banal. Tal como recuerda la autora en su prólogo, hablar de las "ventajas" del exilio sería obsceno frente a la catástrofe anónima de millones de desplazados. Sin embargo, Arendt y Zambrano supieron transfigurar esa herida en método, en potencia creadora. De allí nace lo que la autora denomina una "poética del exilio": un modo de pensar que, en lugar de clausurarse en la nostalgia o en el resentimiento, abre un espacio de revelación y de fundación. La obra se inscribe, pues, en una doble genealogía: la de la filosofía política arendtiana, marcada por la condición judía, y la de la razón poética zambraniana, nutrida de mística y de literatura. Al situarlas en contrapunto, Amarís Duarte compone una polifonía donde se reconoce la unidad en la diferencia: dos estilos, dos lenguas, dos mundos simbólicos, pero un mismo horizonte de destierro como cifra de la modernidad.

La reseña que sigue busca no limitarse a describir los capítulos del libro, sino desplegar una lectura estética y filosófica que dialogue con su trasfondo. Porque, como nos enseñó Zambrano, reseñar no es solo exponer, sino dejar hablar al texto en su latido oculto, escuchar sus resonancias con los claros del bosque y con los fragmentos de nuestra propia experiencia.

1. UNA POÉTICA DEL EXILIO

La primera sección del libro, "Dos vidas en contrapunto", abre la narración no desde un marco conceptual abstracto, sino desde la carne biográfica. Arendt y Zambrano aparecen ya no como monumentos de la teoría, sino como criaturas atravesadas por la infancia, por la pérdida, por la condición femenina en sociedades que apenas reconocían su voz. La

autora insiste en que toda filosofía comienza en una biografía, y que las ideas no son sino la prolongación transfigurada de heridas iniciales.

En el caso de Arendt, el duelo temprano por su padre, la experiencia de la lengua alemana como patria única, y la conciencia de una diferencia insobornable configuran un carácter destinado a situarse siempre en los márgenes. En el de Zambrano, la impronta luminosa de Vélez-Málaga, la sombra de su hermana Araceli y la figura de un padre educador de la mirada abren una sensibilidad orientada hacia lo místico y lo sacrificial. Dos infancias distintas, pero ambas marcadas por un presentimiento de extranjería.

Amarís Duarte acierta al describirlas como mujeres "contrapuntísticas". La metáfora musical no es casual: se trata de vidas que, como en una fuga, sostienen melodías autónomas pero que, al entrelazarse, revelan una armonía inesperada. El contrapunto no borra la diferencia, sino que la potencia, como si la disonancia fuese condición de sentido. En este marco, la biografía se convierte en clave hermenéutica. Siguiendo la intuición de Edward Said, el exilio produce un pensamiento "contrapuntístico", capaz de entrelazar experiencias heterogéneas sin reducirlas a una síntesis forzada. Así, la vida de Arendt y la de Zambrano no son paralelas, sino que se cruzan en el espacio simbólico del destierro, donde ambas aprenden a pensar desde la fractura.

La segunda parte del libro aborda la figura de Hannah Arendt y su concepción del exilio. Para Arendt, el exilio no es simplemente una condición sociológica o biográfica, sino un acontecimiento político que redefine la subjetividad. El eje de esta sección es la noción del "paria consciente". Arendt, heredera de una tradición judía asimilada pero marcada por el antisemitismo, reconoce en la figura del paria no solo la marginalidad impuesta, sino también la posibilidad de una lucidez política. El paria consciente es aquel que asume su extranjería como condición constitutiva y que, desde allí, funda un nuevo modo de estar en el mundo.

La autora enfatiza cómo Arendt transforma el desarraigo en punto de partida para la *vita activa*. Expulsada del *bios politikos*, reducida a la "vida desnuda" en los términos de la tradición aristotélica, la refugiada judía descubre que solo desde la intemperie puede reivindicar el amor al mundo (*amor mundi*). Este gesto, profundamente estético, consiste en fundar un espacio de aparición donde la pluralidad se vuelve condición de la política. Arendt, pues, no estetiza el exilio, pero sí lo convierte en metáfora política. El paria no es únicamente una víctima, sino también una vanguardia: el

que, al situarse en la frontera, revela la fragilidad de las instituciones y abre la posibilidad de un nuevo comienzo.

El libro destaca el carácter simbólico de esta experiencia: la lengua materna como último refugio, la escritura como gesto de inscripción en el mundo, la memoria como resistencia. Aquí resuena la confesión de Arendt a Karl Jaspers: sólo en los márgenes, allí donde se corre el riesgo de morir de hambre o de ser lapidado, se encuentra una existencia verdaderamente decente.

La tercera parte está dedicada a María Zambrano, quien vivió más de cuarenta años fuera de España. Si en Arendt el exilio se traduce en la figura del paria, en Zambrano se configura como experiencia sacrificial y como descenso a los infiernos de la historia. La autora subraya la condición de "víctima sacrificial de la historia" que Zambrano asumió con lúcida serenidad. Pero lejos de permanecer en la queja o en la nostalgia, la pensadora malagueña transmutó esa herida en razón poética. En sus "claros del bosque", Zambrano supo encontrar instantes de revelación donde el exiliado, reducido a pura transparencia, se hace habitante del aire, cifra del ser humano arrojado a la historia.

La poética zambraniana del exilio está marcada por símbolos: Antígona como paradigma de la fidelidad a los muertos; Perséfone como metáfora de la criatura destinada a descender y ascender; la patria no como territorio geográfico, sino como lugar interior que se salva en la memoria. La filósofa concibe el exilio como espacio iniciático donde el ser se vacía de lo superfluo hasta quedar reducido a lo esencial. Aquí la estética se vuelve inseparable de la metafísica. Zambrano lee la historia como una dramaturgia sacrificial, donde el exiliado porta el don de fundar ciudades nuevas, no ya por imposición, sino por gratuidad. En su escritura, el exilio se convierte en liturgia, en tránsito visionario hacia una "vita nova" capaz de reconciliar los fragmentos rotos de la historia.

La última sección del libro pone en diálogo a ambas autoras en torno a una misma intuición: el exilio, lejos de ser mera pérdida, puede devenir espacio de fundación. Tanto Arendt como Zambrano supieron leer en la oscuridad de su tiempo una oportunidad para la creación de un nuevo mundo. Para Arendt, ello se manifiesta en la vindicación de la política como espacio de aparición y de hospitalidad, donde la pluralidad se reconoce como condición de lo humano. Para Zambrano, se trata de fundar un contraespacio poético, un claro en el bosque donde la patria se revela más allá de toda geografía. Ambas coinciden en que el exilio no es

pasividad, sino tarea activa: construcción de un hogar en la intemperie, fundación de un mundo donde la alteridad sea acogida. Aquí se traza la línea de continuidad entre el exilio histórico de las pensadoras y el drama contemporáneo de los millones de desplazados.

La autora concluye con una reflexión de hondo calado: el exilio, en Arendt y Zambrano, no es solo biografía individual, sino categoría para pensar la modernidad. Nuestra época, marcada por migraciones forzadas, guerras y desarraigos, requiere escuchar la lección de estas pensadoras: hacer del destierro una oportunidad para fundar comunidades más justas y hospitalarias.

2. BALANCE CRÍTICO

La lectura de Amarís Duarte se distingue por su estilo híbrido: combina rigor histórico con intuiciones literarias, análisis conceptual con metáforas poéticas. En este sentido, el libro se sitúa en la estela de las propias autoras que estudia: una escritura que se atreve a pensar en el límite, allí donde la filosofía se deja atravesar por la poesía y por la política.

Al mismo tiempo, el texto nos recuerda que la filosofía contemporánea, si quiere estar a la altura de su tiempo, debe ser también una poética. No basta con analizar las estructuras políticas o describir las condiciones sociológicas: es necesario articular lenguajes que restituyan la densidad simbólica de la experiencia. Solo así el exilio deja de ser una estadística para convertirse en acontecimiento existencial y en tarea de fundación. *Una poética del exilio* es una obra que interpela no solo a los especialistas en Arendt o en Zambrano, sino a todo lector que se pregunte por el sentido de habitar un mundo fracturado. Su aporte no radica únicamente en la comparación entre dos pensadoras, sino en el gesto de situarlas como interlocutoras de nuestro presente.

Uno de los méritos de Olga Amarís Duarte es no perder de vista que tanto Hannah Arendt como María Zambrano fueron mujeres en un tiempo y en un espacio filosófico regidos casi en exclusiva por voces masculinas. No es anecdótico: la condición femenina atraviesa su experiencia del exilio y configura el tono de su escritura. Arendt, en el marco de la tradición germana, se mueve en la frontera entre el reconocimiento académico —siempre frágil y condicionado— y la sospecha que despierta una mujer que piensa con autonomía. Su paso por las universidades alemanas, su

encuentro con Heidegger y con Jaspers, marcan un itinerario en el que la filosofía se experimenta como territorio hostil y al mismo tiempo imprescindible. Arendt sabe que la política, tal como la concibe, no puede desligarse de la voz encarnada, y que ser mujer no es un mero accidente biográfico, sino una inscripción en el espacio público que la obliga a redoblar su lucidez. Zambrano, por su parte, encarna de modo radical esa doble exclusión: mujer y exiliada. La España franquista la condena al silencio, y el canon filosófico la margina por optar por una escritura atravesada por la poesía y la mística. Su "razón poética" fue, durante décadas, relegada a un segundo plano, como si no perteneciera al discurso filosófico legítimo. Y, sin embargo, esa hibridez, esa voz que se atreve a desbordar las fronteras del logos, constituye precisamente su mayor aporte a la estética contemporánea.

El libro subraya cómo el exilio se entrecruza con esta condición femenina: ambas pensadoras encuentran en la intemperie una suerte de espejo de su propia marginalidad de género. Y en lugar de renegar de esa posición liminar, la convierten en privilegio hermenéutico. Arendt hace del paria un agente político; Zambrano, de la víctima sacrificial, una visionaria. En ambas, la herida se transmuta en potencia. Aquí se manifiesta con claridad la estética de lo liminar: el pensamiento que surge no desde el centro de la tradición, sino desde sus márgenes, y que por ello está en condiciones de iluminar lo que el canon ha dejado en sombra.

Más allá de su contenido, *Una poética del exilio* aporta también una nueva manera de hacer crítica filosófica. El estilo de Amarís Duarte se aleja de la rigidez académica para abrazar una escritura que dialoga con la literatura. En este sentido, su obra se sitúa en la estela de las propias Arendt y Zambrano: una filosofía que no teme contaminarse de poesía, una crítica que sabe escuchar los símbolos. Este gesto resulta especialmente significativo en un contexto donde la filosofía corre el riesgo de volverse tecnicismo o especialización sin vida. Al recuperar la voz de dos mujeres exiliadas, la autora nos recuerda que pensar es siempre un acto encarnado, un riesgo, un modo de habitar la intemperie. La recepción del libro, sin duda, se inscribe en un campo de creciente interés por el pensamiento femenino y por las filosofías del exilio. Pero su aporte va más allá: propone un lenguaje capaz de articular lo político y lo poético, lo histórico y lo estético.

CONSIDERACIONES ESTÉTICAS A MODO DE CONCLUSIÓN

Si bien Amarís Duarte sitúa su investigación en el terreno de una filosofía más política, el libro abre también un horizonte estético de primer orden. Hablar de una *poética del exilio* implica concebir el destierro no solo como hecho histórico, sino como matriz de formas simbólicas, como laboratorio de imágenes, metáforas y estilos de escritura. El exilio, en este sentido, no es únicamente una circunstancia biográfica, sino un operador estético que obliga a repensar los modos de representación de la experiencia y los límites del lenguaje.

En Hannah Arendt, lo estético aparece en su insistencia en el carácter narrativo de la política. La narración no es un simple recurso expresivo, sino una condición de aparición: solo lo narrado adquiere estatuto de mundo. Este gesto puede leerse en clave estética como un intento de dar forma a lo informe, de inscribir lo inasimilable de la experiencia del paria en un relato común. Su escritura analítica, aunque conceptual, está atravesada de imágenes trágicas —el náufrago, el exiliado, la intemperie— que remiten a una estética de la negatividad cercana a Adorno: el pensamiento que no embellece la catástrofe, sino que la deja hablar en su crudeza, sin clausurarla en reconciliaciones fáciles.

En María Zambrano, la dimensión estética adquiere aún mayor protagonismo. Su "razón poética" se despliega en símbolos —Antígona, Perséfone, los claros del bosque— que evocan la tradición mística y literaria. Aquí la estética del exilio se aproxima a lo sublime en sentido blanquiano: un exceso que desborda el discurso racional, una intemperie en la que el pensamiento experimenta su propio límite. La prosa visionaria de Zambrano no busca representar el exilio, sino abrir un espacio de revelación en el que el dolor se convierte en posibilidad de sentido. Frente a la negatividad arendtiana, Zambrano ofrece una estética de la transparencia y de la epifanía, donde la herida se transmuta en lugar de gracia.

Así, ambas autoras configuran dos estilos estéticos del pensar: En Arendt, un estilo narrativo-testimonial, que rescata la dignidad de lo humano en la palabra compartida y hace de la narración política una forma de resistencia. En Zambrano, un estilo poético-visionario, donde el símbolo abre un horizonte metafísico y convierte la escritura en liturgia de lo exiliado. En este contrapunto se revela que el exilio no solo se piensa

filosóficamente, sino que se escribe estéticamente: como relato y como revelación, como testimonio y como símbolo.

La aportación de Amarís Duarte es mostrar que esta "poética del exilio" no es únicamente una categoría literaria, sino un principio estético que atraviesa el pensamiento contemporáneo. Aquí surge una pregunta decisiva: ¿podría la poética del exilio constituir un nuevo régimen estético, en el sentido de Jacques Rancière? Es decir, un modo de redistribuir lo sensible donde la voz marginal —la del paria, la del desterrado, la de la mujer exiliada— se convierte en centro de enunciación. Desde mi punto de vista, la obra de Amarís Duarte sí invita a pensar el exilio no solo como herida histórica ni como motivo literario, sino como núcleo de un posible nuevo régimen estético. En él, la experiencia de la intemperie desplaza las categorías clásicas de lo bello o lo sublime para inaugurar una sensibilidad donde lo marginal se vuelve centro, donde la voz del paria y de la exiliada funda comunidad a través del relato y del símbolo. Esta poética del exilio, al mismo tiempo narrativa y visionaria, configura una redistribución de lo sensible en el sentido ranciereano: otorga visibilidad a lo excluido y convierte el dolor en principio de creación. Así, el exilio se revela no sólo como tema de la filosofía o de la política, sino como una de las claves estéticas más radicales de nuestro tiempo, capaz de repensar la relación entre arte, pensamiento y vida en un mundo atravesado por desplazamientos y fronteras.

Una poética del exilio: Hannah Arendt y María Zambrano nos recuerda que la filosofía contemporánea no puede renunciar a la estética ni a la poesía. Porque solo desde esa frontera, desde esa intemperie, es posible escuchar el murmullo de los exiliados y abrir en la historia un claro de reconciliación.